

Bifronte
Michael H. Miranda
Incubadora ediciones

Habría primero que aproximarse a la *big picture* de una ciudad del oriente de Cuba donde casi nunca sucede nada, adonde no llega la prensa extranjera y donde dos escritores que ya pasaban de los treinta años decidieron crear en el 2005 una revista al margen de las instituciones. Y además, pensándola desde el reencuentro con el afuera, su idea de la literatura cubana como confirmación de una fractura imposible de eludir.

Eran los años de la revista Encuentro, la mayoría de los escritores que admirábamos estaban exiliados o muertos, y dentro de la Isla nos repugnaba el posicionamiento normativo, la siesta intelectual.

No podía tener mucho futuro y de alguna forma lo sabíamos. La revista la diseñábamos e imprimíamos en el Obispado de Holguín, gracias a las facilidades que nos brindó el anterior Obispo, Monseñor Peña, y que fueron rápida y oportunamente canceladas por la llegada del nuevo, Monseñor Emilio Aranguren. Es bueno reiterar que este obispo es uno de los más fervorosos promotores del mejoramiento de las relaciones Iglesia-Estado, ya sabemos cuál es el precio que se paga por ello.

Pero esa fue solo una parte del problema. Tras la salida del primer número se activó el dispositivo policial, que se tradujo en asesinatos de reputación y presiones diversas sobre nosotros, nuestros empleadores y colaboradores. Lo normal, lo esperable: no hubo ningún atisbo de solidaridad por parte de la acomplejada y cobarde intelectualidad local, que miraron para otro lado y no se volvió a hablar del tema.

De modo que Bifronte murió de muerte natural, sin que nadie pudiera evitarlo. Lo que me llama la atención, y no dudo que a Luis Felipe Rojas también, es que trece años después, si nos decidiéramos a hacerlo otra vez, el resultado sería el mismo. Ahí está lo desolador de la rumbita cubana.